

Los medios en peligro**



Fotografías de León Darío Peláez · Revista Semana

A Nora Sanín

“El periodista Fernando Garavito salió ayer del país, debido a las amenazas que recibió en los últimos días. Allegados a Garavito dijeron que personas extrañas siguieron al columnista de El Espectador hasta las universidades donde dicta clases”.

El Tiempo, 22 de marzo de 2002

.....

* Carlos Monsiváis es un excéntrico y ubicuo escritor mexicano que acaba de cumplir 60 años, y que es imposible de definir o categorizar ya que su campo de acción abarca muchas áreas del arte, la cultura, la contracultura y la política, además de otras cuestiones históricas y de actualidad en México, todo con el afán de dedicarse a lo que realmente le gusta: «...lo irrenunciable para mí es ver cine y leer», dice.
(Tomado de www.area.com.mx/monsivais/).
Dirección electrónica: cmonsiv@prodigy.net.mx

** Ponencia presentada en la Conferencia Internacional *Los medios informativos en peligro*. Bogotá, Andiaños, Asociación Mundial de Periodistas, Asociación Interamericana de Prensa, 22 de marzo de 2002. Agradecemos al autor la cesión de esta ponencia para Signo y Pensamiento.

Los cuerpos de los periodistas asesinados en el cumplimiento de su profesión son al mismo tiempo una acusación, un método disuasivo y un alegato vigoroso en pro de la continuidad de las tareas informativas. Lo usual en América Latina es circundar el cuerpo (la memoria) de las personas muertas en el cumplimiento de su deber, con

elogios, promesas de que se hará justicia, no des-cansaremos hasta lograrlo, se crea la comisión especial, se sigue la investigación con amor contrariado, se conmemora el primer aniversario de la muerte, hay discursos tajantes... y luego, todo parece diluirse, los deudos se trasladan al siguiente velorio, te prometemos amigo y maestro, amiga y ejemplo, que se hará justicia, tu ejemplo nos ilumina, y así sucesivamente.

Una moraleja cínica de lo anterior lo enviaría todo al ritual del olvido, cuya trayectoria requiere de folios inmensos con declaraciones de energía titubeante (la expresión no es contradictoria), de elogios a la persona íntegra y valerosa, de ceremonias que le añaden a la sala de redacción el nombre del mártir, de visitas trimestrales o semestrales a las autoridades que auguran la solución del proditorio asesinato. (<<Proditorio>> es una palabra sólo resucitada cuando no se tiene nada más que decir). Los periodistas mueren y los sobrevivientes se concentran en la mayor consecuencia de la impunidad. El sentimiento de impotencia.

Asegura el Manual para Profesionales de la Comunicación que Colombia es el país que ha vivido el conflicto crudo más largo de la historia en el continente americano; padece los peores índices de violencia y sin embargo, 97 por ciento de los delitos quedan impunes. Colombia, además, ha persistido durante veinte años en la lista de los países del miedo, como el lugar más peligroso para el ejercicio del periodismo, disputando este triste privilegio con países como Ruanda, Chechenia, Nigeria, Yugoslavia, Argelia, Liberia y Sierra Leona.

A este respecto, y antes de continuar, me pregunto un tanto previsiblemente ¿qué, además de la expresión sincera y necesaria de solidaridad, podría decirle a los periodistas y comunicadores sociales de Colombia, un periodista de México? Sin embargo, más fuerte y más real que las frases del aprecio por genuinas que sean, está el interés genuino de lectores y periodistas de México, que han seguido las noticias de Colombia desde la perspectiva de Colombia y de México. Sin que

suela decirse de esta manera, llevamos por lo menos tres décadas inmersos en la fusión creciente de experiencias, algo descrito durante un tiempo con bajeza con el término “la colombianización de México”, y que hoy, cuando la expresión ya no circula, se describe como la integración de vivencias, algo más allá de las distancias geográficas y la muy diferente formación histórica.

No me refiero solo, aunque sí principalmente, a la pesadilla del narcotráfico y sus devastaciones. También, y positivamente, la música popular ha sido un vínculo extraordinario, y allí están los treinta mil jóvenes en la Macroplaza de Monterrey bailando vallenato, y las colonias populares de Veracruz con sus jóvenes que a sí mismos se dicen “colombianos”, los convencidos de que la cumbia es un ritmo que unifica estilos de sexualidad y pasiones dancísticas, y los cientos de miles de adolescentes y jóvenes en la Ciudad de México (si una cifra no involucra cientos de miles, es ajena a la Ciudad de México) consagrados a la cumbia los fines de semana en su afán de señalar —sin mensajes ideológicos de por medio— que el rock no lo es todo. Y, clásicamente, la literatura es un vínculo de resonancias masivas, y así sucedió con el poeta Porfirio Barba Jacob en la primera mitad del siglo XX, y luego, magníficamente, con Gabriel García Márquez, que incorpora Aracataca al imaginario mexicano, y con otros autores integrados a la vida mexicana: Álvaro Mutis y Fernando Vallejo.

Del narcotráfico como anticipo laico del apocalipsis

En un nivel, la experiencia común de México y Colombia se produce en el orden visual regido por el *thriller*, los cuerpos que se desintegran al son de la metrallera, las pequeñas e interminables montañas de polvo blanco a modo de condensaciones de la autodestrucción, los capos cuyo pintoresquismo mezcla al nuevo rico insólito y al señor feudal, los Pablo Escobar Gaviria, Ochoa y los Rodríguez Gacha, que en México se vuelven

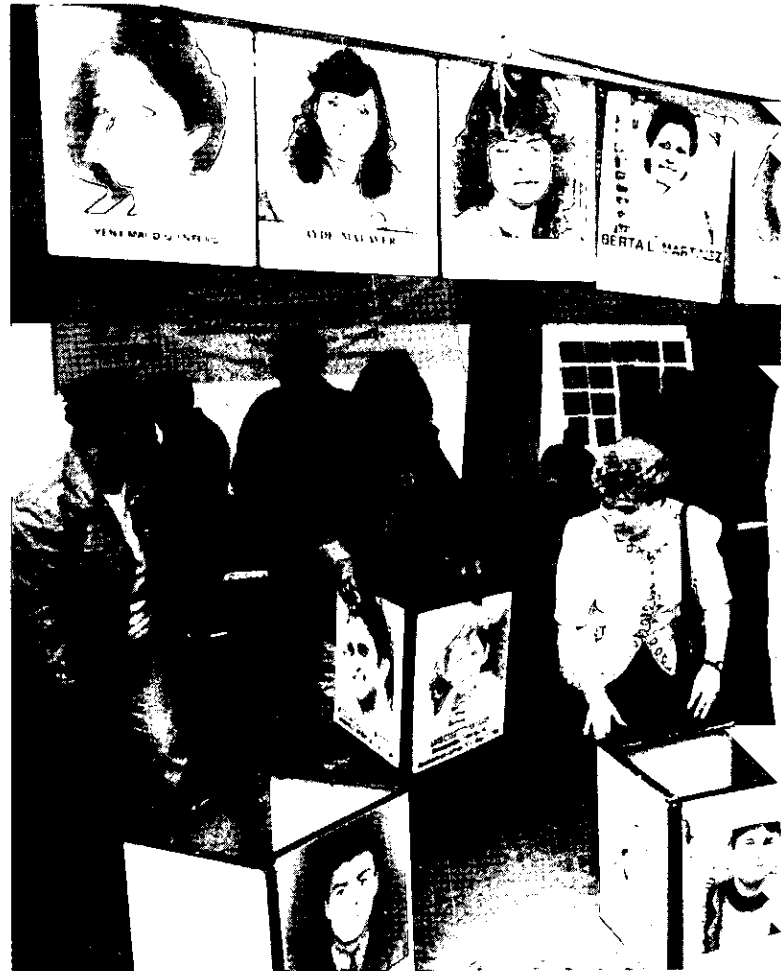
los Miguel Félix Gallardo, los Rafael Caro Quintero, los Amado Carrillo (o Señor de los Cielos como se le llamó catequísticamente), los Juan García Ábrego, los Arellano Félix. A dos países los une el frenesí de economías parcialmente sustentadas en la delincuencia, con funcionarios y policías corruptos, jóvenes alojados en el pacto fáustico en donde la vida breve de final trágico, se intercambia por el don de mando que hace de la droga la piedra filosofal. En este paisaje devastado, al poder judicial lo encandila la sentencia en la pared: "Plata o plomo", y el lavado de dinero inventa en América Latina un sector financiero que de la noche a la mañana entra a la calabaza y desciende de la carroza de oro, o alguna metáfora por el estilo, que sugiera los milagros del vínculo entre delito y economía de mercado.

México y Colombia y Perú y Bolivia y, sobre todo, Estados Unidos, ese emporio del fariseísmo que a diario construye su inocencia con la re-tabulación de las culpas ajenas, también comparten el resultado más atroz del narcotráfico y su influencia en el resto del mundo delincencial: el descenso vertiginoso del valor de la vida humana. Me explico: no hay manera de idealizar el pasado latinoamericano e internacional e imaginarse la época que situó a la vida humana en el centro del respeto religioso. Esto nunca ocurrió. Solo pasa que el narcotráfico, gran heraldo de la globalización neoliberal, al convertir el tráfico de armas en un instrumento de su ascenso irresistible, facilitó grandemente la posibilidad del crimen, al grado de lo descrito por un autor mexicano como "la obligación de asesinar". Los adolescentes del sicariato en Medellín y los jóvenes de las gangas (*gangs*) en Tijuana, descubren su vocación homicida al entrar en posesión de las armas de alto poder no conocidas por sus semejantes en generaciones anteriores, aún obstinados en el machete, el rifle de repetición y el puñal.

A la explosión demográfica la sigue, a modo de parodia trágica, la masificación del asesinato y con ella la industrialización de la impunidad. En Colombia, se dice en el Informe Sobre violación de los Derechos Humanos contra periodistas y comunicadores sociales, que el 97 por ciento de

los delitos quedan impunes. En México, según se afirma con frecuencia, entre el 92 y el 95 por ciento de los delitos se beneficia de la impunidad. (Conste que no animo a mis compatriotas a ganar un nuevo record registrable por Guinness). Y en el examen de estos datos, se llega a la conclusión desoladora: el triunfo de la impunidad no es un sinónimo de excepcionalidad jurídica, sino el desdén por el Estado o el paso previo a la demolición de las garantías del Estado, y a la normalización del delito por razones, en el fondo derivadas del capitalismo salvaje. Ante la rapidez de la eficacia delictiva queda claro el rol de la aplicación de la justicia: ser en lo básico un interminable trámite burocrático. Y ante este panorama, una de las escasas salidas vislumbradas recientemente es la modernización de los medios informativos.

Protesta por desaparecidos



Del cambio de status de los medios

Hasta fechas muy recientes, los medios vivían otras condiciones en América Latina. Para empezar, la televisión estaba marginada del debate, al atribuírsele el don inmanente de persuadir con las imágenes, y en la radio, más beligerante, las consecuencias de las denuncias eran inciertas, tal y como lo ejemplifica Chibás, el político cubano que en su programa radiofónico, para certificar la verdad de sus palabras contra Batista, se pega un tiro ante el micrófono, sin infundirle con su acción fuerza electoral a su partido. Y la prensa, el medio por antonomasia hasta 1960, vive una relación azarosa con los gobiernos. Por lo común, a los periodistas se les adula, corrompe, amenaza, despide, golpea. No escasean los asesinatos, los inválidos permanentes, los despedidos; tampoco son infrecuentes las fortunas rápidas, la prepotencia de los favoritos de un régimen, los chantajes. Y al estar tan a la vista las reglas del juego, los lectores se acostumbran a leer entre líneas, y a confiar ávidamente en el rumor, por muchísimo tiempo el auténtico Cuarto Poder.

El delirio de grandeza de los gobernantes los lleva a exigir la perpetuidad de las ocho columnas, y los periodistas se concentran al principio en la humildad. Sólo serán uno de los poderes si se enfrentan al poder. En formas distintas, pero con énfasis similar, en cada país latinoamericano se confía en un número pequeño de publicaciones, caracterizadas por la crítica y la certificación de las denuncias. Así, la prensa obtiene la credibilidad que ya no detentan los gobernantes, los diputados, los senadores, los partidos políticos, los empresarios y un buen número de altos clérigos. Y las causas de este encumbramiento relativo pero innegable de los medios resultan inocultables:

- La caída internacional del prestigio de los partidos políticos. Sus programas y proyectos de país se adelgazan, sus antiguas certezas se desgastan y exigen redefiniciones (nacionalismo, soberanía, etcétera), las campañas electorales, al consistir básicamente en imágenes publicitarias, se

encarecen (la mercadotecnia, la nueva deidad), desaparecen los militantes que actuaban por amor al partido, la política electoral devora todo el tiempo disponible, y desde la perspectiva crítica de quien tiene o avizora alternativas, el comportamiento de los gobernantes decepciona y exaspera.

- La ampliación de las libertades sociales elimina el agradecimiento a la antigua (“Gracias Señor Gobierno por darme permiso para que lo apoye”). Se deteriora el “aura de intangibilidad” de los gobernantes y la trampa se cierra sobre el tramposo. Los métodos del éxito a lo norteamericano tienen efectos inesperados. Si se describe tan obsesivamente a los candidatos como los productos, también se canjean los proyectos de nación por la publicidad y se normalizan las visiones del poder. “Son como todos, nomás que más dañinos”. El descrédito del prestigio del mando lleva a lo inesperado: en materia de expresión de puntos de vista la voz pública sustituye al rumor. Al recomponerse la sociedad civil, se inicia el protagonismo de los medios como requisito de supervivencia. Las publicaciones que solo elogian se vuelven ilegibles, y a la lectura entre líneas, antes el método más conspicuo para acercarse a la información, la sustituye la crítica a dos voces, la del reportero o editorialista y la del lector. Si se ejerce el control brutal, nadie leerá, y los gobiernos, en su plan de amoldarse a las novedades democráticas, aceptan el costo de la crítica, altísimo para sus tradiciones. El funcionario de cualquier nivel posee todos los elementos para enterarse de un hecho; su condición común y corriente se la altera por corrupción, represión o franca ineptitud, solo tiene una defensa inesperada: la falta de consecuencias. Demasiado tarde se descubre que la crítica, en vez de ser el rayo que devasta los Palacios Nacionales, carece de consecuencias si no tiene graves repercusiones electorales, o si el escándalo se alivia con renunciaciones estratégicas. Antes nada se decía; hoy muy poco se espera de lo que se dice.

Las aportaciones de la tecnología

Los medios se modernizan, y en su puesta al día mucho tiene que ver su carácter de espacios inevitables, centros de difusión indispensables en el mercado. Esto obliga a multiplicar la presencia de los productos, y esta intervención creciente de los anunciantes es a la vez la implantación de la censura y la obligatoriedad del amplio criterio. No se ve contradicción en lo anterior: los anunciantes deciden lo que le conviene a la familia (por antonomasia) y la publicidad, para desplegarse, exige libertades visuales.

Así no se diga con estos términos, la modernización tecnológica es una revolución cultural, en el sentido de la transformación de los periodistas, que atienden a un interlocutor inesperado: la tecnología. La informática modifica el ritmo y la variedad de las percepciones, y las tradiciones del gremio se interrumpen o se masifican. La primera consecuencia es la desaparición de la censura. Ante la globalización, ¿quién impide el libre flujo de las noticias? El aislacionismo informativo pasa a la categoría de humor involuntario, y en la competencia desigual y combinada con la televisión, la prensa retiene el poder interpretativo. “Tuyas son las imágenes, mas más son las conclusiones”, podría exclamar la prensa. Se puede alegar que la reiteración de las imágenes es en sí misma una interpretación y que, además, la jerarquización de las noticias es la perdurabilidad de la censura (lo que se demostró luego del 11 de septiembre), pero también es innegable que la disminución relativa de los lectores afecta la comprensión nacional de los problemas.

Desde la década de 1980, gana terreno el reportaje investigativo, y esto es también una modificación considerable. Si las imágenes son difíciles de controvertir, al reportaje investigativo le queda todavía el campo de los escalofríos de lectura, sin los cuales este género periodístico no se desarrolla. Es como si por vez primera se supiese la verdad o, mejor, como si se descubriesen las conspiraciones de aquellos empeñados en presentar la protesta como si fuera conspiración. En América Latina, el reportaje investigativo es pri-

mordial en la empresa de reconstruir el conocimiento que la sociedad tiene de sí misma.

Esto sucede cuando ya el aura de la letra impresa ha cedido el sitio a las imágenes televisivas. Y sin embargo, la minoría significativa y sus alrededores leen con avidez y, aquí está gran parte del problema, en el caso de los poderosos, dentro y fuera de la delincuencia organizada, con la furia del que se siente espiado. Hay que recordar lo obvio: la impunidad, al perpetuarse, se convierte en un régimen feudal. Un jefe de guerrillas o un jefe de paramilitares o un general o un presidente o un secretario de Estado se ve a sí mismo como una ínsula amurallada, si no con esos términos, sí con la actitud del que no admite revelaciones. Se acepta la crítica porque, además de inevitable, suele carecer de consecuencias directas. Y se rechaza el reportaje de investigación porque equivale a concederle derechos a la mirada ajena.

De las víctimas, los victimarios, los héroes

Ser víctimas, escribió famosamente George Bernard Shaw, no es un mérito. La frase tarda un siglo en volverse punto de vista generalizado, que deriva en la construcción de una categoría negativa, el *victimismo*, que, dicho de un modo muy brusco, sería la trasmutación del sufrimiento en victoria épica, algo explicable en la visión religiosa pero no en la perspectiva laica. Si recuerdo esto es por no haber encontrado hasta el momento, y felizmente, en la defensa y conmemoración de los periodistas latinoamericanos golpeados por la barbarie, la noción de «víctima» como el vocablo que ya no requiere de más explicaciones. Son víctimas, desde luego, pero no nada más eso, porque su extinción física no lo es todo, y esto argumentan al rescatar su memoria los herederos de la causa específica, y la indignación moral de los lectores y la sociedad entera. Y no son «provocadores», porque cumplir con el deber no es provocar, a menos que se vea en la ausencia masiva del cumplimiento del deber el apaciguamiento de los victimarios.



Voladura de pistas

Los periodistas asesinados por cualquiera de las fuerzas empeñadas en diluir la presencia del Estado, buscaban, cada uno a su modo, la justicia, en su doble vertiente: castigo de los culpables y prevención de la existencia de nuevas víctimas. Si no es un mérito ser víctima, sí lo es el impedir que los victimarios se ufanen de lo que han hecho y lo que piensan hacer. Por eso, el reportero investigativo está muy consciente de su rasgo distintivo: será leído, ya es leído, desde la posición de los agraviados, con barbarie, burla, irritación, odio. Si los lectores escasean, el reportero que trabaja sobre casos de corrupción, asesinato, monstruosidades judiciales, sabe que inevitablemente los tendrá entre los ansiosos de ver documentado el horror y los deseosos de perpetuar los climas delincuenciales. Ser leído con pasión que atañe a la vida diaria, es algo fundamental porque, así el proceso no sea muy claro, el reportero condicionado inevitablemente por las atmósferas de intimidación y acoso, también lo está por las voces y los impulsos de la solidaridad. Sí, se les lee desde el ansia revanchista, pero también desde el agradecimiento que admira.

En todo esto debe tenerse muy presente que el miedo es la *otra* atmósfera informativa. No se vive solo *frente* a la noticia, sino *dentro* de la noticia, lo quiera o no el periodista, porque incluso los muy cínicos o desaprensivos no alcanzan a inmunizarse ante los hechos, y el que lo hace no se ha endurecido frente a las informaciones de hechos límites, sino ante su capacidad de conmovirse. La carencia de reacciones morales es propia de los periodistas que anularon su dimensión ética sin adelantar en su profesionalismo. Si la vida del periodista es el universo que cabe en veinticuatro horas o en siete días, su protección sensible ante lo que anota, investiga, lee y comenta, es muy relativa porque, de distintos modos, las atmósferas que impulsan a la noticia se incorporan a los textos. No hago con esto la apología del periodista sensiblero, solo digo que al margen de las respuestas emocionales, el periodista no puede anular su vibración ética porque en ese momento habrá cesado su desarrollo profesional.

Aclaro una vez más: en lo anterior no me refiero a la autocensura, término que por mucho

tiempo en América Latina describió la conveniencia de eliminar lo que provocase problemas o, lo principal, limitara las ganancias, y ya más sectorialmente, aludió a la preservación de la vida, la salud o el empleo. Lo de ahora no es tanto autocensura como el cálculo diario de hasta dónde se puede llegar en un tema, qué líneas de más comprometen literalmente la vida. La autocensura es la preservación meditada; lo de ahora en Colombia, y los testimonios son innumerables, es un proceso que preside la reflexión a marchas forzadas sobre el riesgo. Esta sería la conclusión última: “Más que autocensurarme, establezco hora tras hora la línea divisoria entre lo inadmisibles para ellos y lo inadmisibles para mí”.

Por lo demás, el protagonismo de los medios tiene que ver también con su explosión demográfica. En las tres últimas décadas, los medios han sido interlocutores muy efectivos de la sociedad internacional, y el proceso globalizador beneficia su posición. Si se quiere consignar en frases un papel múltiple, los medios son un equivalente de las movilizaciones de la Historia. Su mera presencia valúa un acontecimiento, y la tradicional “nube de reporteros, grabadores y cámaras” denota las exigencias de la curiosidad. Esto centuplica los riesgos, como lamentablemente se ha demostrado en El Salvador, Yugoslavia, Ruanda, Afganistán, Palestina. Atestiguar tan de cerca lo que ocurre, transforma en actores a los testigos con capacidad de divulgación.

La experiencia latinoamericana

La reflexión típica y clásica de los gobernantes, en la escala que va de los presidentes municipales a los Presidentes: “¿Por qué dan cuenta de mis acciones en vez de elogiar, y pródigamente, mis intenciones?”. Los riesgos nunca han estado ausentes, y allí están para ratificarlo, el Perú de la matanza de periodistas por una comunidad que transformó su medio en barbarie, el Perú de Sendero Luminoso, Fujimori y Montesinos, el México del PRI (parte de la eficacia de sus represiones consistió en su escasísima divulgación), la Sudamérica de las guerras sucias, la Centroamérica militarizada. En México, hay también una cuota altísima de periodistas asesinados, pero en el conteo se incluyen muchos bajo sospecha de asociación con el narco, y ya se sabe que la sospecha es la dinamitación del heroísmo por el rumor. Hay, sí, casos de periodistas cuya muerte se debió a la denuncia de las complicidades del narco con elementos del gobierno y el ejército, y el más notorio es el intento de asesinato de Jesús Blancornelas, director del semanario *Zeta*, en Tijuana, acibillado por los pistoleros de la banda de los Arellano Félix. Milagrosamente —me robo un término del habla religiosa— Blancornelas sobrevivió a la infinidad de balas, y continúa denunciando el narcopoder.

Con todo, nada se equipara a las cifras de Colombia, que motivan esta reunión y explican la metamorfosis del oficio periodístico en vanguardia de la sociedad y del Estado, no de los gobiernos, apenas hay que decirlo. Lo indica sin tremendo alguno la Investigación sobre violación de los derechos humanos contra periodistas y comunicadores sociales:

...hoy en Colombia, el ejercicio del periodismo representa una actividad de alto riesgo. Entre 1977 y 1999 fueron asesinados aproximadamente 146 periodistas según datos que maneja la Fundación para la Libertad de Prensa. Si se tiene en cuenta que la década del 80 tiene la curva más alta por el terrorismo ejercido por los carteles del narcotráfico, al hacer la comparación entre 1999, cuando fueron asesinados cinco periodis-

Paro campesino



tas y seis en 1998, resulta alarmante ver cómo en los dos últimos años, entre enero de 1999 y el 20 de diciembre de 2000, fueron asesinados 19 periodistas en Colombia.

Los periodistas colombianos se enfrentan a una situación de riesgo al momento de emitir sus informaciones, especialmente cuando se trata de informar sobre hechos violentos y actos de corrupción. En promedio, cada año son asesinados siete periodistas y los ataques se intensifican en contra de quienes han demostrado un compromiso con la verdad y una actitud de constante denuncia hacia la violación de los derechos humanos en el país. Más de la mitad de las muertes violentas de los periodistas se puede enmarcar en la violencia política.

Habría que agregar las cifras de 2001 y las tres documentadas en 2002. “Solo en el año 2000, agrega el Informe, cayeron muertos doce periodistas, salieron al exilio trece, fueron secuestrados quince y recibieron amenazas de muerte once”. ¿Cómo suceden los hechos y cómo se prodigan las impunidades? La relatoría da cuenta de sicarios, alcaldes hartos del otro informe de sus actividades, enfurecimientos de los paramilitares (muy frecuentes), desquites del narco (que no escasean), crímenes de la guerrilla, ...lo previsible y lo monstruoso.

Sorprende en los expedientes la recurrencia al término “derechos humanos”, omnipresente en América Latina en los años recientes. ¿Por qué no habla simplemente de delitos? Aventuro una hipótesis: es tal la fortuna de la noción de derechos humanos, es tan grande su don para activar denuncias y grupos específicos, que en la práctica se da un giro semántico. Hoy, derechos humanos incorpora todo lo que afecta a la sociedad, lo relativo a las agresiones del gobierno y los otros grupos de poder, lo que exige respuestas a la vez judiciales, jurídicas, políticas, éticas. Al hablarse de derechos humanos, se convoca al lado del pronuntario judicial la actitud moral.



Quema de laboratorio de procesamiento de coca

De riesgos y recompensas

El que corre un riesgo elige también una forma periodística. De esto no tengo duda. De allí el carácter urgente, en ocasiones justificadamente melodramático, directo, insistente, de muchísimas denuncias. Si el que se sabe desafiando fuerzas homicidas opta por un estilo de tranquilidad, se decepciona a sí mismo y defrauda el tema. La denuncia, el *exposé*, al sustentar en gran medida su credibilidad en el riesgo físico de quien lo emite, no solo declara abolidos los expedientes del rumor y del chisme, también, equivale a un testamento no formulado pero actuante. Me explico: no afirmo que en cada denuncia vaya explícito un hecho testamentario, sino lo evidente: en cada denuncia arriesgada, el periodista, sin necesidad de decirlo, establece su biografía, la índole de sus relaciones con la objetividad y el peso interno de sus compromisos con los lectores.

Lo anterior conduce inevitablemente al examen de tres rasgos del trabajo periodista que siempre, para ser funcionales, deben quedar implícitos, el sobrentendido los publicita y deteriora. Hablo del heroísmo, el patriotismo y el compromiso cívico. Enunciados sin más, deslizan a los espacios de la demagogia; como explicaciones de la conducta de periodistas asesinados y reprimidos, son indispensables.

El heroísmo es un vocablo tan elevado, como hoy infrecuente, porque solicita la compañía de estatuas, bustos y *develaciones* de placas. Sin embargo, desde la perspectiva gremial, debe reivindicarse y ampliamente. Los periodistas desaparecidos no fueron héroes en su desempeño, y decirlo sería alterar su cometido profesional, pero sí son heroicos en la medida en que estuvieron al tanto de las consecuencias posibles de su labor y la prosiguieron, y por eso en el momento de la tragedia, el deber profesional se vuelve simplemente heroísmo. Algo similar sucede con el patriotismo, una expresión en desuso porque, para que adquiera sentido, se requiere la decisión de ofrecer la vida por la patria, algo que normalmente casi no se produce. Ignoro cuántos de los asesinados, heridos, expulsados de sus comunidades, pensaron así con esas palabras en la patria, pero sé que a estas alturas de los cambios semánticos, la patria bien puede concentrarse en un lector. La patria o el compromiso cívico o algo que cada vez adquiere mayor resonancia: el deseo de enfrentar, limitar, erradicar la impunidad.

Como suele decirse en estos casos, no tengo ninguna conclusión, nada ajeno a las exhortaciones del lugar común. El único señalamiento es el estímulo perdurable: la herencia más viva de los destruidos por la barbarie se reparte cada día en la edición del periódico y en la transmisión de los programas. Este es el primer gran muro contra la impunidad.